

justo se le hace sufrir un tan riguroso suplicio, ¿qué deben esperar los culpables? ¿Pudo jamas Jeremías llorar mas amargamente la ruina de los judíos? ¿Podia el Salvador usar de palabras mas espresivas y fuertes para hacerles entender las calamidades y desastres de que se hallaban amenazados; y aquella horrible hambre, funesta á los hijos, funesta á las madres, que veían secarse sus pechos sin tener éllas otro alimento que dar á sus hijos mas que las lágrimas que en abundancia corrian por sus mejillas, ni para sí mas que devorar el fruto querido de sus entrañas?

CAPÍTULO XXII.

Explícanse dos memorables predicciones de nuestro Señor, y justificase su cumplimiento por la historia.

Tales fueron las predicciones que hizo Jesucristo á todo el pueblo; las que hizo en particular á sus discípulos merecen que las examinemos todavía con mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y admirable discurso, en el que une á la ruina de Jerusalem la del universo. Esta union no carece de misterio, y hé aquí su designio.

Jerusalen, ciudad venturosa, que el Señor eligiera mientras permaneciese fiel á la alianza y á la fé de las promesas, fue la figura de la Iglesia y la figura del cielo en donde Dios se hace ver de sus hijos. Es por lo que vemos muchas veces que los profetas suelen unir, en un mismo discurso, lo que concierne á Jerusalem, á lo que concierne á la Iglesia y tiene tambien relacion con la gloria celestial: es uno de los secretos de las profecías, y una de las llaves que nos abren su inteligencia. Asi, Jerusalem reprobada é ingrata hácia su Salvador, debia ser la imágen del infierno: sus pérfidos ciudadanos debian representar á los condenados; y el juicio terrible que Jesucristo debia ejercer sobre ellos era una figura del que ejercerá sobre todo el universo cuando venga al fin de los siglos con

toda su pompa y magestad á juzgar á los vivos y á los muertos. Es práctica de la Escritura, y uno de los medios de que se sirve para grabar en nosotros los misterios, mezclar para nuestra instruccion la figura con la verdad. Asi nuestro Señor mezcló con la historia de Jerusalem desolada la que ha de verificarse al fin de los siglos; y esto es lo que aparece en el discurso de que nos ocupamos.

No creemos por tanto que estas cosas se hallen de tal manera confundidas que no podamos discernir lo tocante á la una y á la otra; Jesucristo las ha distinguido con caracteres tan ciertos que me seria fácil señalarlos si viniese á propósito. Pero bástame hacer entender ahora lo concerniente á la desolacion de Jerusalem y de los judíos.

Los apóstoles (y esto era todavía en el tiempo de la pasion), reunidos en derredor de su maestro, mostrábanle el templo y los edificios situados en su contorno; admiraban las piedras, el órden, la belleza y la solidez con que estaban contruidos; y él les dijo: "¿pues veis estos grandes edificios? No quedará de ellos piedra sobre piedra." Admirados de este anuncio preguntáronle el tiempo en que esto vendria á suceder; y él que no queria que fuesen sorprendidos en Jerusalem cuando la ciudad fuese entregada al saqueo (porque queria que en el pillage de esta ciudad se representase la imágen de la última

separacion de los buenos y de los malos), empezó á referirles una por una todas las desgracias que habian de sobrevenir.

Primeramente díceles: "sobrevendrán pestes, hambres y terremotos;" y las historias dan fé de que todas estas calamidades no fueron nunca ni tan frecuentes ni tan notables como lo fueron durante aquellos tiempos. Añade que habria por todo el universo "turbulencias, alarmas de guerra, guerras sangrientas; que todas las naciones se sublevarian las unas contra las otras, y que se veria á toda la tierra conmovida y en suma agitacion." ¿Podia describirnos mejor los últimos años del imperio de Neron, cuando todo el imperio romano, es decir, todo el universo, tan pacífico desde la victoria de Augusto y bajo el cetro de los emperadores, comenzó á conmoverse, y que se vió á las Galias, las Españas y á todos los reinos de que el imperio estaba compuesto, ponerse en alarma y en agitacion de repente; levantarse casi al mismo tiempo cuatro emperadores contra Neron, y á los unos contra los otros; hacerse la guerra entre sí las cohortes pretorianas, los ejércitos de Siria, de la Germania, y todos los otros que se hallaban esparcidos por el Oriente y Occidente, y atravesar, bajo el mando de sus emperadores, de un extremo del mundo al otro, para decidir su contienda por sangrientas batallas? "Hé aquí grandes males, dice el Hijo de Dios, pero estos

» no serán todavía el fin.» Los judíos sufrirán como los demás en esta conmoción universal del mundo: pero á aquellas calamidades universales sucederán otros males particulares para ellos, «y esto no será mas que el principio de sus dolores.»

Añade que su Iglesia, siempre afligida desde su primer establecimiento, veria encenderse contra ella la persecucion mas violenta que nunca durante aquellos tiempos. Ya habeis visto que Neron, en sus últimos años, trató de acabar con los cristianos, é hizo morir á san Pedro y á san Pablo. Aquella persecucion, escitada por la envidia y las violencias de los judíos, caminaba á completar su absoluta perdicion; pero no marcaba todavía su término preciso.

La venida de los ante-Cristos y de los falsos profetas parece ser el mas próximo encaminamiento á la última ruina: porque el fin ordinario de los que se niegan á prestar oídos á la verdad, es ser arrastrados á su perdicion por profetas mentirosos. Jesucristo no ocultó á sus apóstoles que esta desgracia sobrevendría á los judíos. Dice: «aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán mucha gente.... guardaos de creer á los falsos Cristos y á los falsos profetas que aparecerán haciendo alarde de grandes maravillas y prodigios.»

Y no se diga que esta era una cosa fácil de predecirse por los que conocen el carácter y ge-

nio de una nacion; porque, por el contrario, os he hecho ver que los judíos cansados de aquellos seductores que habian tan frecuentemente causado su ruina, y señaladamente en tiempo de Sedecías, se habian de tal manera desengañado que ya no les escuchaban. Mas de 500 años se pasaron sin que se presentase ningun falso profeta en Israel; pero el infierno que les inspira despertóse á la venida de Jesucristo; y Dios que tiene de la rienda y retiene con ella á los espíritus embaucadores por el tiempo que le agrada, aflojósela con el fin de enviar á los judíos este suplicio, y para que sirviera al mismo tiempo de prueba para sus fieles. Jamas aparecieron tantos falsos profetas como en los tiempos que se siguieron á la muerte de nuestro Señor. Señaladamente hácia el tiempo de la guerra judáica y en el reinado de Neron, que la comenzó, Josefo nos hace ver una multitud de aquellos impostores que lograban atraer al pueblo con vanos prestigios y secretos de magia, llevándosele al desierto y prometiéndole una pronta y milagrosa variacion de suerte y de fortuna. Por esta razon tambien es por la que el desierto se halla indicado en las predicciones de nuestro Señor como uno de aquellos lugares en que se hallarian ocultos aquellos falsos libertadores que habeis visto al fin arrastrar al pueblo á su última perdicion. Ya podeis creer que el nombre de Cristo, sin el cual no podia haber para los ju-

díos una libertad perfecta, hallábase mezclado en aquellas promesas imaginarias; y ya vereis en adelante pruebas para convenceros de ello.

No fue la Judea la única provincia espuesta á aquellas ilusiones; fueron comunes á todo el imperio. No hay época ninguna en que nos hayan ver las historias un mayor número de embaucadores que se jactasen de predecir el porvenir y sedujesen mas á los pueblos con sus prestigios. Un Simon Mago, un Elimas, un Apolonio Tiano, un número infinito de otros encantadores, señalados en las historias sagradas y profanas, aparecieron en aquel siglo, en que el infierno parecia hacer los últimos esfuerzos para sostener su vacilante imperio. Es por lo que Jesucristo hace observar en aquel tiempo, y principalmente entre los judíos, el sinnúmero de falsos profetas que aparecieron. Meditando detenidamente sus palabras, deduciráse de ellas que debian multiplicarse antes y despues de la ruina de Jerusalem, pero hácia aquellos tiempos; y que entonces se presentaria la seduccion, confirmada con falsos milagros y falsas doctrinas, y de una manera tan verosímil y tan poderosa que «los mismos elegidos, si fuese posible, caerian en sus lazos.»

No digo yo que al fin de los siglos no deba tambien suceder alguna cosa semejante y mas peligrosa todavía, habiendo acabado de ver que lo que pasó en Jerusalem fue una figura manifiesta

de lo que ha de acaecer en los últimos tiempos; pero es cierto que Jesucristo nos ha presentado esta seduccion como uno de los efectos sensibles de la ira de Dios contra los judíos y como una de las señales de su perdicion. El resultado ha justificado su profecía, atestada por testimonios irrevocables. Leemos la prediccion de sus errores en el Evangelio; y las historias, y sobre todo la de Josefo, nos hacen ver su cumplimiento.

Despues que Jesucristo hubo vaticinado todas aquellas cosas, con el desigño de librar á los suyos de las desgracias que amenazaban á Jerusalem, anuncióles los signos próximos que debian preceder á la última desolacion de aquella ciudad.

Pero Dios no da siempre á sus elegidos semejantes señales. En los terribles castigos que hacen sentir el poder de su brazo á naciones enteras, hiere con frecuencia y sin distincion al justo y al culpable; porque hay otros medios mejores para separar á los unos de los otros que los que se manifiestan á nuestros sentidos. Con los mismos golpes que se rompe la paja se separa el buen grano, y el oro se acrisola en el mismo fuego en que la paja se quema; asi con los mismos castigos con que son esterminados los réprobos, se purifican los justos. Pero en la desolacion de Jerusalem, para que la imágen del juicio final fuese mas exacta y mas señalada la venganza sobre los incrédulos, no quiso que los

judíos que habian recibido el Evangelio fuesen confundidos con los otros; y Jesucristo dió á sus discípulos señales ciertas por las que pudiesen conocer cuándo llegaria el tiempo en que debian salir de aquella ciudad reprobada. Se fundó, segun su costumbre, en las antiguas profecías, de que era el intérprete asi como su fin, y, repasando el pasage en que la última ruina de Jerusalem fue mostrada tan claramente á Daniel, dijo estas palabras: "cuando veais que está establecida en el lugar santo la abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel; quien lea esto, nótele bien, cuando la veais establecida en el lugar santo", ó como dice san Márcos: "cuando, empero, viéreis la abominacion de la desolacion establecida en el lugar donde menos debiera, entonces los que moran en Judea, huyan á los montes." San Lucas refiere lo mismo en otros términos: "cuando viéreis á Jerusalem estar cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolacion está próxima: en aquella hora los que se hallen en Judea huyan á las montañas."

Un evangelista explica al otro, y, comparando estos pasages, fácil nos es comprender que la abominacion, vaticinada por Daniel, es el cerco ó sitio de Jerusalem por los ejércitos. Los santos Padres lo han entendido asi, y por otra parte la razon nos convence de ello.

La palabra abominacion, en el uso de la len-

gua sagrada, significa ídolo; y ¿quién hay que no sepa que los ejércitos romanos llevaban en sus enseñas las imágenes de sus dioses y de sus césares, que eran los mas respetados de todos sus dioses? Aquellas enseñas eran un objeto de culto para los soldados; y como los ídolos, segun las órdenes de Dios, no debian jamas presentarse en la tierra santa, las enseñas romanas debian estar desterradas de ella. Y asi es que vemos en las historias que en tanto que los romanos tuvieron un poco de consideracion hácia los judíos, por poca que fuese, jamas presentaron sus enseñas en la Judea. Por esto fue por lo que Vitelio, cuando pasó por aquella provincia para ir á hacer la guerra en Arabia, hizo pasar sus tropas sin enseñas, porque todavía se reverenciaba entonces la religion judaica, y no se queria forzar al pueblo judío á soportar cosas tan contrarias á su ley. Pero en el tiempo de la última guerra judaica ya puede presumirse y creer tambien que los romanos no guardaron consideraciones á un pueblo que trataban de exterminar. Y asi fue que cuando Jerusalem estaba sitiada, hallábase rodeada de tantos ídolos como enseñas romanas habia, y que por consiguiente la abominacion no apareció jamas tanto como entonces *en donde no debia aparecer*, es decir, en la tierra santa y en derredor del templo.

¿Y se dirá que aquella era la gran señal que Jesucristo habia dado? ¿Pues por ventura era

tiempo de salir de Jerusalem cuando Tito la tenia sitiada teniendo de tal manera cerradas todas las avenidas que no habia medio de escaparse? Pues precisamente en esto está la maravilla de la profecía. Jerusalem fue sitiada dos veces en aquellos tiempos; la primera, por Cestio, gobernador de Siria, en el año 68 de nuestro Señor; la segunda, por Tito, cuatro años despues, es decir, el año 72. En el último sitio no hubo ya medio de escaparse, porque Tito emprendió esta guerra con demasiado ardor: sorprendió á la nacion toda encerrada en Jerusalem durante la fiesta de Pascua, sin que nadie pudiese escaparse: porque de tal manera hizo la circunvalacion que no dejó medio alguno á sus habitantes para poder eludir su vigilancia. Mas en el sitio de Cestio no fue asi: hallábase acampado á distancia de 50 estadios, es decir, á 6 millas de Jerusalem: hallábase su ejército acantonado en sus alrededores, pero no formó ni reductos ni trincheras; y hacia la guerra con tal negligencia, que se les escapó la ocasion de tomar la ciudad cuando le abrian las puertas de ella el terror, las sediciones y aun las confianzas que tenia con sus moradores. Y asi en aquel tiempo en vez de ser imposible evadirse de la ciudad, la historia misma confiesa que muchos judíos se retiraron. Entonces, pues, era tiempo de salir; y esta era la señal que el Hijo de Dios habia dado á los suyos; y asi distinguió con mu-

cha precision los dos sitios: uno en que *la ciudad seria rodeada de fosos y de trincheras*, y entonces la muerte era la única esperanza que quedaba á los que se habian quedado encerrados en ella; el otro, en que únicamente seria *circunvalada por el ejército*, y entonces *era menester huir y retirarse á las montañas*.

Los cristianos sometieronse dóciles á la palabra de su maestro. Aunque hubiese millares de ellos en Jerusalem y en la Judea, no leemos ni en Josefo ni en las demas historias que se encontrase ninguno en la ciudad cuando fue tomada. Por el contrario, consta por la historia eclesiástica y por todos los monumentos de nuestros antepasados que se retiraron á la pequeña ciudad de Pena, situada en un pais montuoso cerca del desierto, y en los confines de la Judea y de la Arabia.

Por aqui puede venirse en conocimiento con cuánta precision habian sido advertidos: y nada hay mas notable que la separacion que se verificó entonces de los judíos incrédulos y los convertidos al cristianismo; los primeros se quedaron en Jerusalem para sufrir alli la pena de su incredulidad, y los otros, habiéndose retirado, como Lot de Sodoma, á una pequeña ciudad, donde ellos se pusieron á considerar con santo temor los efectos de la venganza divina, de que Dios se habia dignado ponerles á cubierto, se salvaron.

Ademas de las predicciones de Jesucristo hubo otras de varios de sus discípulos, y entre ellas las de san Pedro y san Pablo: cuando eran conducidos al suplicio aquellos dos fieles testigos de la resurreccion de Jesucristo, anunciaron á los judíos, que les entregaban á los gentiles, su cercana perdicion. Les dijeron: "que Jerusalem iba á ser arrasada; que perecerian de hambre y de desesperacion; que serian desterrados para siempre de la tierra de sus padres, y dispersados por toda la tierra, en donde vivirian en cautividad; que el término no estaba lejos; y que les sobrevendrian todos estos males por haber insultado con tan crueles burlas al Hijo bien amado de Dios, que se habia declarado á ellos por tantos milagros." La piadosa antigüedad nos ha conservado esta prediccion de los apóstoles, cuyo cumplimiento se siguió con tanta prontitud. San Pedro hizo otras muchas, ya fuese por una inspiracion particular, ó ya esplicando las palabras de su maestro; y Fregon, autor pagano, cuyo testimonio produce Orígenes, ha escrito que todo lo que este apóstol predijo se cumplió punto por punto.

Asi nada ha sucedido ni sucede á los judíos que no les haya sido profetizado. La causa de su desgracia nos ha sido patentizada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y de sus discípulos. Dejaron pasar el tiempo de propiciacion, y su ruina fue inevitable.

En vano Tito se empeñó en salvar á Jerusalem y su templo: la sentencia estaba dada; habia bajado de lo alto, y no debia quedar ni de una ni de otra piedra sobre piedra. Y asi en vano un emperador romano se empeñó en salvar al templo; no quedó mas airoso otro emperador que se empeñara en reedificarle. Juliano el Apóstata, despues de haber declarado la guerra á Jesucristo, creyóse con bastante poder para dejar sin cumplimiento sus predicciones. Con el designio que tenia de suscitar por todas partes enemigos á los cristianos, se bajó hasta el punto de buscar á los judíos, que eran el desprecio del mundo; y escitóles á reedificar su templo, dándoles al efecto sumas inmensas, y el auxilio de toda la fuerza del imperio. Escuchad cuál fue el resultado de aquella temeraria tentativa, y ved cómo Dios confunde á los príncipes soberbios. Los santos padres y los historiadores eclesiásticos refieren este suceso de una manera uniforme, y le justifican con monumentos que existian todavía en su tiempo. Pero aun era necesario que esto mismo fuese atestiguado por los propios paganos. Ammio Marcelino, gentil de religion, y celoso defensor de Juliano, le ha referido en estos términos: "Mientras que Alipio, » ayudado por el gobernador de la provincia » avanzaba la obra tanto como podia, abriéndose » los cimientos salieron terribles globos de fuego » que les impidieron continuar; pero obstinados

» los trabajadores en seguir su obra, que empezaron por diferentes veces, fueron al fin abandonados, y habiendo por último quedado inaccesible aquel lugar, hubo de cesar en la empresa.»

Los autores eclesiásticos, mas exactos en describir un acontecimiento tan memorable, dicen que al fuego que brotó de la tierra unióse el que llovió del cielo. En fin, la palabra de Jesucristo quedó cumplida e inalterable. San Juan Crisóstomo esclama con este motivo, diciendo: ha edificado su Iglesia sobre la piedra, y nada ha podido destruirla: ha arruinado el templo y ninguno ha podido reedificarle: «ninguno puede abatir lo que Dios ha elevado; y ninguno puede volver á levantar lo que Dios ha abatido.»

No hablemos mas de Jerusalem ni del templo: echemos una ojeada sobre el mismo pueblo, en otro tiempo templo vivo de Dios, y ahora objeto de su enemistad. Los judíos se hallan mas abatidos que su templo y que su ciudad: el espíritu de verdad ya no reside entre ellos: las profecías cesaron: las promesas en que fundaban su esperanza se han desvanecido: en este pueblo todo está destruido, *no ha quedado en el piedra sobre piedra.*

Ya veis hasta qué punto fueron entregados al error los judíos. Jesucristo les habia dicho: «mi Padre me ha enviado á vosotros, y no me

» habeis recibido; otro vendrá en su nombre y » le recibireis.» Desde aquel tiempo, de tal modo reina el espíritu de seducción entre ellos, que todavía, á cada momento se hallan dispuestos á dejarse engañar por cualquiera. No era bastante que los falsos profetas hubiesen entregado á Jerusalem entre las manos de Tito; los judíos no habian sido todavía desterrados de la Judea, y la pasion que tenian por Jerusalem obligó á muchos de ellos á establecer su morada entre sus ruinas. Hé aquí un falso Cristo que va á acabar de perderles. Cincuenta años despues de la toma de Jerusalem, en el siglo de la muerte de nuestro Señor, el infame Barchochebas, un ladrón, un malvado, porque su nombre significaba el hijo de la estrella, decia que era la estrella de Jacob predicha en el libro de los Números, y se hizo pasar por ser el Cristo. Akibas, el mas autorizado de todos los rabinos, y, á su ejemplo, todos los que los judíos llamaban sus sabios, entraron en su partido, sin que el impostor les diese ninguna otra señal de su mision sino que Akibas decia que el Cristo no podia tardar mucho en venir. Subleváronse los judíos por todo el imperio romano, poniéndose á su cabeza Barchochebas, que les prometia el imperio del mundo. Adriano mató 600,000 de ellos: el yugo que tuvieron que sufrir entonces fue mucho mas pesado, porque tuvieron que salir desterrados para siempre de la Judea.

¿Quién no ve aquí bien claro que el espíritu de seducción tenía á aquel pueblo obcecado? "El amor de la verdad que les traía la salud es-tinguiase en ellos: Dios les envió un eficaz error que les hiciese creer en la mentira." No hay impostura por grosera que sea á que no den crédito. En nuestros días, y en el Oriente, un impostor dijo que él era el Cristo: al momento todos los judíos echaron á correr tras él: los hemos visto en Italia, en Holanda, en Alemania y en Metz prepararse á hacer almoneda de todo y abandonar lo que no pudiesen vender por seguirle. Imaginábanse ya que iban á hacerse los señores del mundo, cuando llegó á su noticia que su Cristo se había hecho turco y que había abjurado de la ley de Moisés.

CAPÍTULO XXIII.

De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecías.

No hay que admirarse de que hayan caído en errores tan groseros, ni tampoco de que la tempestad los haya disipado, despues que hubieron ellos abandonado su camino. Este les estaba trazado en sus profecías, y principalmente en las que designaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar estos preciosos momentos sin aprovecharse de ellos: y he aquí la razon por qué se les ve entregados á la mentira, sin saber ya á qué atenerse.

Me entretendré un momento todavía para referir la continuacion de sus errores, y de todos los pasos que han dado para sepultarse en el abismo. Las sendas por donde se han estraviado y se estravian todavía, es verdad que conducen al camino; y parándonos á examinar dónde empezó su estravío, entonces marcharemos con mas seguridad por el recto camino que nos conducirá á descubrir la verdad que nos proponemos.

Hemos visto que dos profecías de Jacob y de Daniel designaban á los judíos el tiempo de la venida de Cristo. Las dos anunciaban la ruina del reino de Judá para el tiempo en que el Cristo viniese; pero la de Daniel esplicaba que